

Editorial: Los extremos: “citología”, fraude y plagio

Por Carlos-Roberto Peña-Barrera (editor general)



Evitaré dar nombres y trataré de colocar algunos ejemplos relevantes en cuanto a estos temas de tan larga trayectoria y controversia, en donde no se salva nadie, si se alumbrara más allá de la luz humana.

Hace poco me topé con la frase “Miento, luego existo” y me acordé de varios casos lejanos y cercanos. El primero de estos lo escuché en una emisora universitaria de Bogotá. Un reconocido investigador de ciencias sociales se refería a la experiencia de

graduarse de un doctorado como titulado en “citología”; es decir, aquel investigador que habla sobre un tema y, para darse *pompa* y respaldar sus frases, deja de lado su criterio por sacar a la tarima a cuanto personaje ha leído o escuchado. De sus ideas no se sabe mucho, sus escritos están repletos de paréntesis y pies de página, y la bibliografía es más larga que la misma introducción. Así, oculta sus verdaderas pisadas tras la huella que han dejado otros. Con esto no quiero decir que haya algo malo con citar, pero los extremos son malos, más si ello impide que florezcan las ideas propias, que pueden ser incluso refutaciones de todo lo escuchado.

El otro caso lo tuve que ver con mis ojos. La meta era publicar un documento armado por un equipo de tres personas (me incluyo) con el sello de una entidad pública de reconocido nombre en el ámbito de la investigación. Como he revisado decenas de libros y he escrito un par de cosas, tengo la costumbre de practicar la revisión con esfuerzo y observancia (porque siempre se van errores y se me pasan también). Encontré que lo que estaba leyendo, título tras título, tenía claras diferencias de estilo y redacción, errores muy evidentes, y otra serie de cosas. Luego de elegir un par de frases y llevarlas al reconocido buscador por Internet, resultó que el 95% de lo que estaba allí no era más que un copie-pegue. No había nada de ideas propias o abstracciones, ni siquiera, en el mejor de los casos, una paráfrasis. ¿Pereza? ¿Incapacidad? ¿Temores? No lo sé. Con sutileza le hice saber que citara lo más relevante, pero que tratará de decir el resto con sus palabras. No pudo ocultar el desagrado, sin nada de vergüenza. En fin, solo espero que ese documento no salga publicado con esa parte.

Bueno, el siguiente caso ha sido más que conocido en mi país. Se trata de los más de 50 notarios que enfrentan cargos por falsedad en documento público, violación material de los derechos de autor y fraude procesal. Estas personas pagaron (\$) para que hicieran como suyas las tesis de grado de profesionales del derecho de reconocidas universidades. Aunque a algunos los han declarado culpables, lo cierto del caso es que esto es “pan de cada día”. Suben al podio con los esfuerzos de otros. O como me dijo hace poco un amigo: “Yo he sido el que he arreglado los motores, las ruedas, las alas y mucho más, pero otro es el que vuela, y ni siquiera me trae de regreso un gracias”.

¿Cuál es la satisfacción de ello? ¿Poder? ¿Dinero? Quizá sean ambas cosas. Y para aquellos notarios: si hicieron eso para ocupar dichos puestos, vale la pena preguntarse cuántos documentos que pasaron por sus manos durante su ejercicio público fueron adulterados para lograr el propósito pagado por sumas de dinero debajo de la mesa.

No quiero dejar de mencionar un caso intrépido que pasaron por

televisión nacional hace algún tiempo atrás. Se trataba de una persona que se encarga de elaborar tesis de grado de todo tipo de temas y para casi cualquier carrera. Sencillamente le hacen saber lo que necesitan y se dedica a investigar y escribir ese documento. Al parecer, varias personas se han “beneficiado” de sus servicios, por los cuales cobra cifras de 7 dígitos. Ese es su trabajo. El rebusque. Ayuda a “graduarse” a los estudiantes. Sin embargo, ¿realmente es una ayuda? Podría uno decir que si ya hacen semejantes cosas, es porque han hecho otras un tanto “menores”. Son excelentes profesionales... de la mentira.

Finalmente, para salir un poco de la atmósfera de mi país, pongo en el tablero el caso del reconocido psicólogo holandés, autor de varios artículos publicados en prestigiosas revistas. La supuesta angustia que ejercía la presión de su campo y sus colegas le llevó a inventar los datos de sus “investigaciones”. No permitía que sus pares o estudiantes lo ayudaran a levantar la información. El cuestionado status que había ganado con sus *maromas* se le subió a la cabeza y nadie podía llevarle la contraria. Como todo párrafo, le llegó su punto final, en el que comenzaron a revelarse todas sus astutas mentiras. Incluso están pensando que si hizo todo eso, no sería nada raro que su tesis de grado como doctor fuera otra farsa. Muchos leyeron y creyeron sus ideas. Muchos más citaron sus tesis y a partir de allí argumentaron a favor de otras investigaciones. Con la caída de estas falaces ideas se derrumbaron muchísimos estudios. Lo cierto es que, al final, prevalece la verdad sobre la mentira.

Sin embargo, ¿cuál es el verdadero trasfondo de estos actos? Creo que no hay ética ni moral en las conciencias ni en los corazones. Porque no importa burlar al otro; o *fantochar* con ideas de los demás pero hablarlas como propias; o maquillar, inflar los logros con esfuerzos de los demás.

Obvio, nadie puede arrojar ni una sola piedra si primero no se examina frente a estos y similares actos. Todos hemos fallado. Quizá no en tan semejante nivel. Lo que podemos hacer es examinarnos a la altura de las normas éticas y morales que hemos sabido desde antaño. Reconocer que podemos hacer mejor las cosas. Que si fallamos antes, no lo volveremos a repetir jamás. Y algo muy importante: todos tenemos la capacidad de pronunciar ideas trascendentales. Si les publican algún artículo, que lo que se resalte sean sus conclusiones, no las que ya se saben. Eso es aportar al estado del arte.

Nuestros actos deben ser impulsados por el deseo de beneficiar a nuestro prójimo, jamás por los oscuros anhelos individualistas que van contra la ética y la moral. Es decir, pensar antes de actuar. Así que es mejor poner en práctica el “Pienso, luego existo”.